

EL PECADO ANCESTRAL- 14/05/2022

CRISTO RESUCITO!!!

El trabajo que vengo a presentarles hoy sobre el pecado ancestral es el fruto de una intensa búsqueda (aunque quizás incompleta debido a mis limitaciones) y mi objetivo es compartir con ustedes un resumen de la visión que deja plasmada Christos Yannaras en su obra “Alfabeto de la fe”, Capítulo 7, ítems 10 al 15. He elegido este texto en particular porque me resultó bastante entendible (aclarando aquí que no soy teólogo ni un erudito en la materia) y por lo tanto asumo que lo será también para todos los oyentes.

La caída

La conciencia de una caída que ha hecho descender al hombre a un nivel de existencia diferente de aquel para el que se siente creado, no forma parte exclusivamente de la tradición judeocristiana. Todos los pueblos tienen esta conciencia que se expresa en símbolos en casi todas las religiones. Esta conciencia ha inspirado serios giros especulativos en muchos sistemas filosóficos. Sin embargo, para la tradición cristiana la referencia a la caída del hombre no es simplemente un giro particular de su teorización antropológica, sino el eje o “clave” para comprender al hombre, el mundo y la historia. Por un lado, la verdad de la caída y por otro, la verdad de la deificación del hombre, definen el hecho mismo de la presencia de la Iglesia y dan sentido a su existencia y a su misión histórica.

La enseñanza de la Iglesia sobre el tema de la caída se extrae principalmente de la interpretación de los textos del Antiguo Testamento. El relato de la creación del hombre en las primeras páginas del libro del Génesis se completa con la referencia al acontecimiento de la caída, con un simbolismo asombroso por su riqueza en el significado de cada imagen representada. Leemos en el libro del Génesis que Dios, cuando hubo creado al hombre, plantó un jardín para su placer, un jardín hermosísimo en el Edén, y lo estableció allí. La imagen del jardín en todas las religiones del Medio Oriente funciona como un símbolo de felicidad ideal, quizás en contraste con la aridez y la desnudez de los desiertos que abundan en estas regiones. Ciertamente, la sequía del desierto es símbolo de muerte, mientras que los ríos que riegan el jardín del Edén y la riqueza vegetal que lo adorna dan la imagen de la plenitud de la vida. Dentro de este “huerto de lujo”, como lo

caracteriza la Escritura, Dios coloca al primer hombre formado “para que lo trabaje y lo guarde” (Gén. 2:15). El trabajo en esta primera fase de la vida humana no es “labor” –no se trata de una esclavitud a la necesidad de supervivencia física- sino la continuación y extensión orgánica de la obra creadora de Dios, el florecimiento de la creatividad que caracteriza al hombre como imagen de Dios, como una persona.

Al mismo tiempo, todos los frutos de las plantas del paraíso son ofrecidos al hombre por Dios “como alimento” (Gén 1:29). La vida del hombre en el paraíso no representa una condición “espiritualizada” o una exaltación idealista, como suelen imaginar los moralistas. La vida del hombre, desde el primer momento, se realiza tomando alimento, el uso inmediato de las cosas del mundo. El hombre vive y existe con una relación directa y orgánica con el mundo, con la materia del mundo. Lo extraordinario en el estado de paraíso del hombre es que este alimento, que asegura al hombre su vida, constituye no sólo una relación práctica y de comunión con el mundo, sino también una relación práctica y vital con Dios. Dios es quien proporciona al hombre su alimento, el presupuesto de la vida. Le ofrece cada fruto y semilla “como alimento”. Cada toma de alimento es un don de Dios, una “bendición” de Dios, una realización de relación con Él, una realización de la vida como relación. La relación del hombre con Dios en el paraíso no es una relación ética o religiosa, lo que significa que no se realiza indirectamente por el cumplimiento de alguna ley o por la ofrenda de oraciones y sacrificios. Es la vida misma del hombre la que se realiza como relación y comunión con Dios, realización directa de la vida por la toma del alimento y de la bebida.

Encontramos esta misma verdad de las primeras páginas del Génesis; en la acción eclesial de la Eucaristía, donde la relación del hombre con Dios, tal como ha sido **restaurada** como relación de vida “en la carne” de Cristo, se realiza de nuevo universalmente en un acontecimiento de comer y beber: el hombre vuelve a tomar su alimento -las formas básicas de alimento que son el pan y el vino- como acontecimiento de comunión de una comunión **ahora** hipostáticamente divino-humana: el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Sagrada Comunión, la comunión del hombre con Dios, es de nuevo una relación de vida por medio del alimento. El hombre no saca su vida del alimento en sí mismo, sino del alimento como relación y comunión con Dios. El toma su alimento como don de vida que Dios le ofrece; saca vida y existencia del acontecimiento de la comunión con Él y no de la capacidad

de su naturaleza para sobrevivir fugazmente por medio de la nutrición. Pero este cambio de modo de existencia supera, sin embargo, el acto físico de comer y beber. La participación en el camino del Reino no es el paso a una “otra” vida, sino el hacer incorruptible esta vida misma, esta vida que se realiza como comunión de alimento. Por eso la imagen del reino de Dios, en el Nuevo Testamento es a menudo una imagen de una cena donde la gente “come y bebe en la mesa” que Dios les ha puesto (Lc.22:30).

Dios ofreció a Adán y Eva la posibilidad de vida, de “**vida real**”, de incorruptibilidad e inmortalidad, dándoles el mundo creado, el alimento como acontecimiento de comunión con Él. Pero la realización de la vida como comunión y relación es, sin embargo, un fruto de la libertad - no hay necesidad o comunión y relación de amor obligatorias. Esto significa que la vida del paraíso de aquellas personas recién formadas, contenía incluso la posibilidad de un uso diferente de la libertad: la posibilidad de que la existencia humana se realice, no como un acontecimiento de comunión y de relación con Dios, sino para realizarse por sí solo, sacando fuerza existencial de sí mismos, desde su naturaleza humana por sí sola. Esta posibilidad está expresivamente retratada en la narración bíblica utilizando el símbolo del árbol “del conocimiento del bien y del mal” (Gén.2:9,17). Este también es un árbol del paraíso, pero no está incluido en la “bendición” que Dios ofreció al hombre - el comer de su fruto no constituye comunión y relación con Dios o sea que perdemos esa relación directa con Él. Representa precisamente la posibilidad para que el hombre tome su alimento - para realizar su vida - no como comunión con Dios, pero sin relación e independiente de Dios, para alimentarse a sí mismo sólo para su propia conservación, para la supervivencia de su individualidad física, para que el hombre no exista como persona, sino que exista como individuo físico, como unidad existencial que proviene de la supervivencia de su hipóstasis, de su propio poder, sus energías y funciones creadas.

Debemos discernir aquí que los términos “bien” y “mal” no tienen el contenido convencional de bueno y malo como los entendemos hoy. No son categorías de conducta; no expresan la concepción jurídica o socialmente útil y socialmente nociva. Aquí, como en toda la Sagrada Escritura, los términos “bien” y “mal” muestran la posibilidad de la vida y la alienación de la vida que es la posibilidad de la muerte. Dios se los aclara y les advierte: “el día que comáis de él, ciertamente moriréis” (Gén 2,17).

En estas palabras de Dios, no tenemos una amenaza de castigo, sino un pronóstico y una advertencia. Si estas primeras personas comen de este árbol, no simplemente cometen un error, no transgreden algún mandamiento que debe guardarse porque es dado "desde arriba". Comer el fruto de este árbol eliminará los presupuestos de **la verdadera vida** y los conduce a la muerte. El bien y el mal no constituyen aquí una simple antítesis conceptual – “el mal” no es la refutación abierta de “el bien”, sino su falsificación y perversión. Hay una forma "buena" y una forma “malvada” de realizar la vida: este es el dilema que se planteó sobre las primeras personas formadas. El camino del “mal” muestra la posibilidad de vivir de uno mismo, la posibilidad de la cosa creada para contener tanto su causa como su meta, para alcanzar por sí mismo la igualdad con Dios y divinizarse a sí mismo. Pero esto es una mentira, una búsqueda falsa, que acepta como vida la negación de la vida y conduce sin inmutarse a la muerte. En el cuadro bíblico, Dios desea disuadir al hombre precisamente de este conocimiento de muerte - porque la muerte es un conocimiento-experiencia definitivo y, una vez alcanzado, es demasiado tarde para cambiar sus trágicas consecuencias.

Pero ellos eligieron finalmente el camino del “mal”, el camino de la muerte. La advertencia que Dios les dirigió subraya en la narración bíblica que su elección se hace con pleno conocimiento de sus consecuencias. Sin embargo, en esa **elección** intervino una cierta circunstancia **atenuante**: En su decisión fueron influenciados por la serpiente, el símbolo arquetípico del mal. En la hermenéutica eclesial, la serpiente aquí es una expresión de la intervención del diablo o de Satanás, quien dirige su desafío en primer lugar a la mujer. Y aquí el simbolismo no es casual; en el lenguaje de arquetipos de vida que usa la Escritura (el lenguaje de imágenes arquetípicas que “significan” mucho más que meros conceptos), la mujer es la imagen de la naturaleza, en contraposición al hombre que es el símbolo del principio esencial (lógos). Este contraste de naturaleza y principio esencial, femenino y masculino, no representa una distinción evaluativa, -sino retrata la experiencia que tiene el hombre de la forma en que la vida física se realiza: la naturaleza tiene una disposición "femenina" para encarnar el acontecimiento de la vida, pero necesita la semilla del esencial principio para que esta encarnación se realice. Sin el emparejamiento de masculino y femenino, la vida no puede existir. Sin la intervención del principio

constitutivo, la naturaleza es sólo un potencial, no un evento existencial. Y sin su encarnación en la naturaleza, el principio existencial es sólo un concepto abstracto, sin sustancia.

Y así la tentación de pervertir la realización de la vida, precisamente porque constituye no sólo un desafío teórico pero una posibilidad física, es aceptada inicialmente por la mujer. Las palabras que la serpiente le dirige son falsificaciones de la "lógica" y del "bien" – son un principio que quiere engañar a la naturaleza, falsear las posibilidades de vida: “¿Qué es esto que Dios te ha dicho? no comer de ¿Algún árbol del paraíso? La mujer reacciona: “Podemos comer del fruto de los árboles del paraíso, pero del fruto del árbol que está en medio del huerto Dios nos ha dicho que no comamos porque si lo hacemos moriremos” La serpiente no se obstina, se da por vencido de inmediato y toma otro enfoque: "no van a morir", dice, "porque Dios sabe que el día que coman el fruto de este árbol vuestros ojos se abrirán y seréis como Dios, sabiendo que es el bien y el mal.” La mujer cede a esta segunda tentación de obtener la igualdad con Dios y la auto-deificación. Las primeras personas prueban el fruto de la autonomía y de la autosuficiencia existencial, y abandonan desde ese momento su **relación** con Dios.

Consecuencias de la caída: desnudez

Hablamos de una caída, para mostrar no una simple degradación evaluativa, sino un cambio en el modo de existencia, una decadencia de la vida. La sensación de desnudez es la primera consecuencia: “los ojos de los dos fueron abiertos y supieron que estaban desnudos y cosieron hojas de higuera e hicieron delantales para sí mismos” (Gen 3:7). Hasta el momento de la caída “los dos estaban desnudos, tanto Adán como su mujer, y no se avergonzaron” (Gén 2:25). ¿Qué es entonces el sentimiento de desnudez, la vergüenza de la desnudez que acompaña a la caída? es la conciencia que la mirada del otro que cae sobre mí no es la mirada del amado, del que me ama, en quien confío. Es la mirada de un extraño; no me mira con amor, pero me ve solo como un objeto solo de su deseo y placer. La mirada del otro me cosifica, me transforma en un individuo neutro. Sentirse desnudo es la ruptura de la relación, la revocación del amor, la necesidad de protegerme de la amenaza que el otro constituye **ahora** para mí. Y me defiendo con vergüenza. Me visto para salvar mi subjetividad, para

protegerme de la mirada del otro, para no ser transformado en un objeto al servicio del placer del otro.

Antes de la caída, el cuerpo era una expresión y manifestación de la singularidad personal, una llamada dinámica para comunión de vida, para la auto-trascendencia y el ofrecimiento de sí mismo a través del amor. El sentimiento de desnudez y la vergüenza por la desnudez comienzan desde el momento en que la vida deja de tener como objetivo único el amor, y apunta sólo a la autosuficiencia, de la individualidad - para la necesidad individual, para el placer individual. El sentimiento de desnudez y la vergüenza de la desnudez son las manifestaciones más claras del cambio que la naturaleza humana sufre en la caída: La imagen de Dios impresa en la naturaleza del hombre, se vuelve obscena y pervertida, pero sin perderla. La libertad personal permanece subyacente (aunque nunca totalmente) a la necesidad individual de auto-existencia física, se convierte en un instinto, un impulso, una pasión implacable. Y así la naturaleza está fragmentada, parcelada en individuos que viven cada uno para sí solo, individuos que solo buscan supremacía unos sobre los otros.

Consecuencias de la caída: culpa

Una segunda imagen expresiva de las consecuencias de la caída en el relato bíblico es la aparición de la culpa y el intento en la justificación individual. Las primeras personas oyen los pasos de Dios que está caminando en el jardín en la tarde y el miedo los vence, tanto miedo que se apresuran a esconderse “del rostro del Señor Dios” entre los árboles del jardín. Entonces Dios llama a Adán, le pregunta por qué tiene miedo, y Adán atribuye la causa del miedo a su desnudez. Incluso ante Dios, Adán ahora se siente desnudo; siente incluso la mirada de Dios como desnudándolo, lo siente como un ataque a su individualidad. Dios no es ya mi íntimo, mi amado. La relación con Él no es ya vínculo de amor y fuente de vida. Incluso Dios es un “otro” una segunda existencia cuya mera presencia amenaza con eliminar la autonomía del individuo.

“Habéis comido, pues, del fruto del árbol del que os he ordenado que no comierais”, dice Dios. Y Adán se apresura a **cambiar la responsabilidad**: "La mujer que me diste", él responde, "ella me ofreció la fruta y yo comí." Y cuando Dios le pregunta a la mujer, "¿por qué lo hiciste?" su propia respuesta es una **evasión**: "La serpiente me engañó y comí" (Gen 3:8-13). La caída que ha sido completada, aparece ahora como la legítima defensa

del individuo, la transferencia de responsabilidad, el esfuerzo para la justificación individual.

Si el sentimiento de desnudez y vergüenza es una manifestación de la pérdida del carácter personal de la existencia, el sentimiento de culpa, el miedo, el intento de transferir la responsabilidad y la auto-justificación individual son manifestaciones de ansiedad por la pérdida de la vida; Es la ansiedad que enfrenta el rostro de la muerte.

No hemos llegado a tal conclusión arbitrariamente, sino a través de los criterios que utiliza la tradición de la iglesia para interpretar las imágenes bíblicas. Preguntémonos particularmente: ¿Qué teme Adán en realidad cuando se esconde de Dios? ¿De qué quiere protegerse cuando transfiere la responsabilidad a su esposa? ¿Tal vez tiene miedo de alguna amenaza externa? ¿Quizás siente algún peligro objetivo? Pero, no tiene experiencia previa de amenaza y peligro. Normalmente debería ser tan intrépido como el niño que estira su mano para agarrar el fuego.

La respuesta fácil de los moralistas suele ser que Adán tiene miedo porque ha violado el mandato de Dios y ahora espera castigo. Pero el concepto de transgresión y del castigo es en sí mismo una imagen que será tomada para las experiencias posteriores del mundo después de la caída. Si absolutizamos y vemos solo una única interpretación del temor de Adán, permaneceremos vacíos y crearemos preguntas sin respuesta: ¿Cómo es posible que Adán tema a Dios a quien conoce solo como “un amante apasionado” del hombre y dador de vida? Si, incluso después de la caída, el amor de alguien verdaderamente enamorado está dispuesto a perdonar y olvidar cada falta de la persona amada ¿el amor de Dios dejará de alcanzar incluso estos estándares humanos? ¿Es el amor de Dios menor que el amor humano del verdadero amante, del padre cariñoso, del paciente padre? ¿Acaso Dios no logra ni siquiera lo que nos pide, que “perdonemos a los que pecan contra nosotros” tantas veces como nos agraviaron, “hasta setenta veces siete”?

Pero Dios es justo, responden los moralistas, y **debe** imponer justicia y castigar la transgresión. Pero ¿de qué derivan este “**debe**” al que subordinan incluso a Dios? ¿Existe, entonces, alguna necesidad que limite el amor de Dios, que limita su libertad? Si lo hay, entonces Dios no es Dios o al menos no es el Dios que la Iglesia conoce. -incluso para Él- la justicia es sólo un producto de la imaginación de la humanidad caída, una proyección

de su necesidad de una seguridad individual sobrenatural dentro de la traición recíproca de convivencia colectiva. Cualesquiera que sean los trucos del sofisma que los moralistas pueden idear para acomodar el amor de Dios a la justicia, la edificación de su razonamiento sigue siendo defectuosa. “Así como un grano de arena no puede igualar el peso de una gran cantidad de oro, en comparación, la necesidad de la justicia por parte de Dios no puede contrarrestar su misericordia”, dice San Isaac el Sirio.

Consecuencias de la caída: la tragedia de la creación

La caída no tiene meramente un contenido legal, sino que como hemos querido demostrar aquí, es una distorsión de la vida, en la cual la libertad del hombre es la única posibilidad de que cada cosa creada realice o no realice el objetivo de su existencia. Una distorsión de la vida significa una alienación y corrupción de las leyes o formas en que funciona la vida. En todos los ejemplos bíblicos del castigo del hombre y en todos los “flagelos divinos”, la Iglesia ve las consecuencias de la función enajenada de las leyes y formas de vida, la consecuencia del distanciamiento de la creación de la “vida real”, el abismo que la rebelión del hombre ha abierto entre lo creado y lo increado.

Pero Dios no es vengativo; Dios solo respeta absolutamente la libertad del hombre y las consecuencias de esta libertad. Él no interviene para quitar los frutos más amargos de la libre elección, porque entonces quitaría la verdad misma de la persona humana y las asombrosas dimensiones, de hecho, cósmicas, de esta verdad. El amor de Dios interviene **sólo** para transformar el libre autocastigo del hombre en **pedagogía salvífica**. De hecho, el clímax de esta intervención es la encarnación del mismo Dios, como Teántropo, tomando todas las consecuencias de la rebelión del hombre “hasta la muerte en la cruz” y transformando esas consecuencias en relación y comunión con el Padre, es decir con la vida eterna. A partir de entonces, sin que las consecuencias de la caída se hayan eliminado de una manera turbulenta para la libertad humana, nos entrega la posibilidad de volver al paraíso, la posibilidad de elegir entre la vida y la muerte, vuelve al hombre la posibilidad de convertir muerte en vida según el modelo del segundo Adán, de Cristo, o de persistir en la muerte, en el infierno que es “el martirio del desamor”.

Consecuencias de la caída: ansiedad ante la muerte

Volvamos ahora al miedo que hizo que Adán se escondiera de Dios después de la caída. Podemos decir que este miedo no es el hijo de una culpa legal. No es una expectativa de castigo. Es la pérdida de esa “apertura a Dios”, la ruptura de la relación con Él, la conciencia de la responsabilidad de transitar una vida separada de Dios, es la primera experiencia de soledad existencial que es una primera muestra de la mortalidad. El temor de Adán es agonía ante la muerte. Por caminos muy distintos, el psicoanálisis contemporáneo postula que la primera experiencia de culpa y la angustia aparece en el hombre con el acontecimiento de su nacimiento, al desaparecer la relación que disfrutaba el nonato dentro del cuerpo materno. Si se confirma esta opinión, entonces no estará muy lejos de la imagen bíblica de ese primer temor de Adán: El primer sentimiento de “existir como individuo”, aunque inconsciente, es también el primer sentimiento de mortalidad, una primera experiencia de una soledad muy profunda, es decir, la incapacidad del hombre para sacar vida-relación de otro lugar que no sea de sí mismo, dentro de la misma naturaleza del hombre parece que existe una distinción instintiva entre el modo de vida y el modo de la muerte - una distinción entre la "vida real", que se comunica y comparte, y la individualización mortal de la existencia. Por lo tanto, entonces el temor primitivo de Adán no es sólo una imagen y un símbolo, sino una actualidad que marca al hombre en las profundidades de su alma desde el primer momento de su llegada al mundo.

El diálogo de Dios con las primeras personas en el Edén termina con el anuncio y descripción profética de Dios de las consecuencias restantes de la caída. Una de esas consecuencias que quiero resaltar aquí es la hostilidad infranqueable que se fija entre la mujer y la serpiente, entre la naturaleza humana y el diablo. Dicha hostilidad alcanzará un clímax en **la encarnación** de algún descendiente de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente (el poder del diablo), mientras que la serpiente solo logrará herir su "talón" (**la pasión de Cristo**). Esta descendencia de Eva es, para la Iglesia, **Cristo** y esta primera predicción de su victoria sobre el diablo (**resurrección**) se constituye en el **proto-evangelio** de la Escritura, el primer mensaje gozoso de la salvación del hombre. (Gen.3:15)

Consecuencias de la caída: las “túnicas de piel”

El relato de la caída del hombre en la Sagrada Escritura termina con su expulsión del jardín del placer, su exclusión del “árbol de la vida”, de la

posibilidad de la inmortalidad. Este trágico resultado se corona con una imagen que revela el amor de Dios, del amor que logra **eliminar** el carácter decisivo de la caída, para **limitar** el mal que ha sido invocado, para relativizar lo irremediable. Es la imagen de las “túnicas de piel” que ha llamado especialmente la atención de los intérpretes cristianos: *“Y el Señor Dios hizo para Adán y para su mujer ropas de pieles, y los vistió”* (Gén. 3:21).

Para la hermenéutica eclesial, las túnicas de pieles con las que Dios viste a los primeros creados, simbolizan la hipóstasis biológica que sella la alteridad personal del hombre. Antes de la caída, toda energía de la naturaleza biológico-terrenal del hombre existe (se realiza y se manifiesta) sólo como una revelación de la imagen divina: constituye la alteridad personal, **la vida como amor, comunión y relación**. Después de la caída, la hipóstasis del sujeto humano es biológica, y las energías de la naturaleza (las energías psicosomáticas) están ahora al servicio de la vida como simple **supervivencia individual**. El hombre no deja de ser una persona, una imagen de Dios; es sólo que esta imagen está revestida ahora con la “túnica de piel” del absurdo, de la corrupción y de su mortalidad.

Pero esta vestimenta de corrupción y muerte resulta ser una grandísima filantropía de Dios y providencia de su amor. Al vestir a la persona humana con una hipóstasis biológica, Dios tolera la consecuencia de la caída. Al permitir incluso la muerte como consecuencia de esta vestidura, Dios limita al hombre precisamente a su individualidad, poniendo límite y fin al pecado, al fracaso de la vida y de la corrupción, **“para que el mal no se haga inmortal”**. Y así la muerte no anula al hombre mismo como persona sino a la corrupción que lo rodea. No toca a la persona humana a quien Dios ha llamado a ser: remueve, revoca y anula la falsa hipóstasis de la vida (existencia), esa individualidad biológica con la cual el hombre se revistió después de la caída. La muerte, la consecuencia del pecado, se vuelve contra el triunfo fenomenológico del pecado – que es el modo de existencia biológica - y la suprime. La muerte anula la cobertura de corrupción, liberando las posibilidades existenciales de la persona creada. El camino, pues, queda abierto tras la caída del hombre y para volverse una vez más una hipóstasis de vida, ya no de una vida biológica, corruptible y temporal, sino de una vida incorruptible e inmortal. Esta nueva posibilidad existencial la inaugura Dios mismo con **Su encarnación**, convirtiéndose en el principio de salvación y renovación del género humano.